

Las aventuras de Telma y Louise... digoooo... de Marisa y Marta por Portugal

Salimos el jueves 7 de julio de Móstoles dirección **El Algarve**, con mucha ilusión y ganas de comernos los caminos rueda a rueda.

Paramos en **Mérida** y al ratito llegaron Marcos, Vane y Moisés. Comimos con ellos, vimos el museo, el coliseo, el anfiteatro y alguna cosita más y a las 6 retomamos camino hacia Portugal.

Llegamos a Tavira un poco cansadas, cruzamos el pueblo y terminamos en **Santa Lucía**, un pueblo pesquero muy pequeño. Allí buscamos un aparcamiento tranquilo a la orilla del mar, sacamos las bicis, las atamos a una farola y acondicionamos el interior del coche para pasar la noche.

A las 8 nos despertamos muy descansadas dispuestas a comenzar. Fui a quitar el candado de mi bici y no había manera de abrirlo. Estaba a medio sacar y se había bloqueado, ¡ni entraba más ni salía!. Insistí hasta tomar la decisión de que había que romperlo. Abrí el maletero y saqué toda la herramienta que lleva Jose, parecía que iba a poner un puesto en el mercado.



Cogí un alicate y un martillo y me lié a golpes. Nada, que no había manera de romper ese candado que con tanta ilusión nos compró Jose y por el que yo le eché una bronca enorme en su día. Ya me dolía la mano de tanto martillazo y yo le decía a Marta “¡pues empezamos bien!”. Ya estábamos pensando en a quién podríamos acudir para que nos ayudase cuando Marta intenta quitar el suyo y nada, que está exactamente igual. No me lo puedo creer. Al momento oigo: “ya está”. ¡Qué alegría! ¿Y cómo? Pues muy fácil, estaba abriendo mi candado con su clave y el suyo con la mía. ¿Cómo me las habría apañado para encajarlos la noche anterior con las claves incorrectas??? En fin, que alivio.

Con este jaleo nos dieron las 10 de la mañana y por fin podíamos comenzar nuestra ruta.



Pedaleamos por un caminito orilla del mar al principio y después nos metimos en la nacional 125 que sería por la que haríamos la mayor parte del camino. Así llegamos a **Faro**, una ciudad que tiene un casco antiguo pequeño, amurallado y muy bonito junto a la orilla del mar, en mitad del **Parque Natural da Ría Formosa**.

Entramos en la Catedral, que también es museo y subimos a la torre desde podíamos ver gran parte del Parque Natural y además todo el casco antiguo. Nos regalaron la entrada por ir en bici y ser ecologistas, mira tú que bien.

Recorrimos el centro y comimos en un restaurante típico unas costillas a la brasa ricas-ricas, y así con energías renovadas continuamos hacia la playa. Está un poco lejos, pues ya habíamos pasado el aeropuerto y algunas lagunas y aún no habíamos llegado. Así que llegamos con ganas de meternos en el agua pero resultó que el oleaje tan fuerte que después de que nos tirara y nos revolcara unas cuantas veces desistimos. Parecíamos una pelota de goma rodando y rodando sin poder salir de la orilla.



Ya fresquitas continuamos por un camino que discurría entre lagunas por toda la zona de la reserva. Era precioso. Después empezamos a encontrarnos los campos de golf a nuestro alrededor y las lujosas mansiones con lago propio incluido (y barco en el lago). Estábamos en la zona rica, y nosotras con nuestras bicis y dos alforjas.



Al final se hizo un poco duro pero el recorrido era muy bonito. Llegamos a **Quarteira**, un gran Benidor, lleno de torres y torres de edificios a pie de playa. No nos gustó mucho pero ya era tarde y allí teníamos que dormir. Nos tomamos una cervecita y nos informamos de dónde se podía dormir barato. Nos mandaron a un Camping, que ra lo más barato, y nos metieron en

una caravana que tenía dos dormitorios y un saloncito: 44 euros. Un poco caro, que aunque estemos en el Algarve seguimos siendo peregrinas, o mejor dicho bicigrinas.

Comenzamos el siguiente día dirección **Portimao** por la carretera nacional. Prácticamente no la pudimos dejar en todo el recorrido ya que no hay caminos que vayan por la costa durante nmuchos kilómetros y el mar se mete continuamente formando lagunas y rías insalvables. Allí buscamos albergue, 17 euros con sábanas y desayuno, y nos fuimos a comer a la playa con la bici que estaba a 3 ó 4 kilómetros. Atravesamos la ciudad, dejamos las bicis bien atadas frente a la comisaría y muy tranquilas nos fuimos a pasar la tarde a la playa de la Rocha.



De regreso nos dimos un chapuzón en la piscina del albergue y a descansar que al día siguiente queríamos llegar a **Sagres**. Llegamos, sí, pero con mucho aire y nos costó algo más de esfuerzo. Claro que los últimos 8 km nos daba de espalda y aunque era subida apenas dimos una pedalada. Yo le decía a Marta: “¡yo he subido en cuarta!”, nos reímos. Llegamos a Sagres a las dos y después de comer pregunté “¿Alojamiento barato?” – “Ah, sí... - La señora llamó a su amiga que alquilaba habitaciones y por 25 euros teníamos ya donde dormir.

Visitamos el pueblo que está situado sobre grandes acantilados y playas preciosas hasta las que había que bajar bastante. El viento aquí era muy fuerte, ¡incluso nos tiraba de la bici si nos daba de lado!

También visitamos la fortaleza, me recordaba mucho a Finisterre, por algo también este era el Fin de la Tierra, estábamos prácticamente en el Cabo de San Vicente.



Quisimos ir al faro del cabo para ver la puesta de sol pero el viento era taaaaan intenso que no nos atrevimos. A ver si nos tocaba volver los 8 kilómetros a oscuras y con ese ventarrón en contra. Nos fuimos a dormir a la casita de la señora y dejamos las bicis en el patio.



Amaneció un día precioso. El aire ya no era tan fuerte así que cogimos las bicis y nos fuimos hasta el cabo lo primor. Era muy pronto y estaba cerrado, pero sólo tuvimos que deslizar un cerrojo y tuvimos nuestra propia visita privada del **Faro del Cabo de San Vicente**. Las vistas eran una maravilla y con unos acantilados de asustar mirar hacia abajo.



La vuelta decidimos hacerla por un camino que era un atajo hasta **Vila do Bispo** y allí desayunamos en el Lidl unos cruasanes y unos batidos de chocolate. Visitamos el pueblo y seguimos hasta **Lagos**.

El día anterior cuando pasamos nos gustó tanto que decidimos que ahí teníamos que pasar la siguiente noche a la vuelta. El pueblo es precioso. Está todo entero amurallado con un castillo y un casco antiguo muy cuidado. Comimos muchísimo. Pedí un arroz con marisco y me pusieron una cazuela que hubiéramos comido las dos de sobra, así que nos costó terminarlo. Para hacer la digestión, un paseo y a la playa. Se nota mucho que en esta parte del Algarve el agua baja unos cuantos grados en la parte más cercana al Atlántico y aquí estaba helada!, pero bueno, sienta bien. Después de descansar un poco en la arena y darnos un bañito fugaz nos fuimos a recorrer el pueblo. Es el que más me ha gustado de toda esta zona, aunque es verdad que hemos visto muchos muy bonitos. Todos con las casas bajas, blancas, las ventanas remarcadas de amarillo o azul clarito, las iglesias blanquitas, el suelo de adoquines irregulares y formando mosaicos, los parques y jardines bien cuidados...



Dormimos en un albergue muy bien, claro que lo mejor para dormir bien es estar cansada y de eso teníamos mucho todos los días. En Lagos cogimos un tren y descartamos la otra alternativa que nos quedaba: volver por la misma carretera nacional el mismo camino que ya habíamos hecho los días anteriores.

Así que nos fuimos hasta **Silves**. Nos aconsejaron visitar este pueblo y con mucha razón ya que es precioso. Sigue la misma línea que todos los de la zona pero quizás el entorno de montaña le hacía más bonito y no tenía ese aire de turismo que tienen los pueblos costeros. Aquí hicimos un buen desayuno: zumo natural, té con leche, doble de tostadas con miel y pastel de hojaldre: gasolina para toda la mañana.



A eso de la una y media cogimos de nuevo el tren hasta Tavira ¿cómo estará nuestro coche después de cinco días abandonado?

Por cierto que en el tren pasamos mucho calor. Era un tren de gasoil bastante viejo. Cuando había una subida casi se paraba y aún con todas las ventanas abiertas sudamos casi más que cuando recorríamos camino en bici. ¡Cómo echábamos de menos el aire que tanto nos molestaba en la bici!.



Bajamos con las bicis los 3 kilómetros que nos separaban del coche, pensando ¿estará? ¿cómo estará? Por fin le vimos y parecía entero, pero la alegría nos duró poco.. Marta intenta arrancar y nada: batería a cero. ¿y ahora qué?? Menos mal que el mundo está lleno de buena gente y en seguida unos guiris nos echaron una mano. Lo intentamos con las pinzas pero ni con esas, el infarto había sido de órdago. Otros españoles se nos acercaron y a fuerza de empujar el coche intentamos arrancarle, pero no hubo manera porque Marta no sabía muy bien cogerle el punto y al final le tuvimos que dejar el coche al españolito que muy dispuesto nos sacó del apuro. Se lo agradecemos un montón y sin parar el motor estuvimos comiendo, cargando las bicis y después nos encaminamos hacia **Sevilla**.

Llegamos directas a la Torre del Oro y estuvimos recorriendo la ciudad y tomando tapas hasta las 11 de la noche. ¡¡Nos encantó!! Si es que es verdad eso de que... Sevilla tiene un color especiaaAaal! Habíamos decidido dormir en el coche así que preguntamos a un policía cuál sería un buen lugar para dormir y nos indicó que la Cartuja, al otro lado del río estaría muy tranquilo. Allí nos fuimos, sacamos las bicis y las dejamos atadas cerca del coche, colocamos nuestra camita, dejamos los cristales un poco bajados y a dormir.



¿A dormir? ¡Qué va! No llevábamos ni 15 minutos y ya nos estábamos rascando como locas. Claro: orilla del río + vegetación + farolas + calor = mosquitos. Tuvimos que sacar los sacos-sábanas y taparnos enteras y así y todo dormimos mal.



A partir de las 7 empezaron a aparcar coches y nos despertaron los aparca-coches discutiendo por el territorio, así que nos levantamos, cogimos las bicis y a recorrer Sevilla:

La Catedral, los Reales Alcázares, La Giralda, La Plaza de España, el Parque de María Luisa (que por cierto me lo tienen muy cuidadito), la Torre del Oro... en fin, todo lo que pudimos hasta las dos de la tarde que después de comer en el barrio de Triana pescadito frito nos fuimos al coche a poner rumbo a Madrid.



Y hasta aquí nuestro viaje. Muy contentas y felices de poder disfrutar en bici por sitios tan espectaculares. Ha sido un verdadero placer vivir esta aventura con mi hija.

